

# El cráneo judío que trae de cabeza a Hamlet

La calavera que utiliza la Royal Shakespeare perteneció a un pianista cuya familia murió en el Holocausto

EDUARDO SUÁREZ  
Corresponsal

LONDRES.— Ser o no ser. Ésa fue la cuestión para el pianista polaco André Tchaikowsky, que falleció de cáncer en un hospital de Oxford en 1982. Soltero, sin hijos ni familia conocida y exiliado en un país extraño, Tchaikowsky decidió donar su cuerpo a la ciencia. Todo menos una pequeña parte: su cráneo, que lo dejó en manos de la Royal Shakespeare Company con la esperanza de que algún día pudiera debutar como objeto de atrezzo en el escenario.

No se especifica en su testamento, pero no cabe duda de que Tchaikowsky tenía la cabeza —nunca mejor dicho— en la tragedia de Hamlet, príncipe de Dinamarca, y en concreto en el personaje mudo de Yorick, un bufón fallecido cuyo cráneo le da al protagonista en el quinto acto un sepulturero. «Ay, pobre Yorick», dice el malhadado príncipe al conocer la muerte de su amigo, «¿qué fue de tus burlas, de tus brincos, de tus cantares y de aquellas bromas que animaban la mesa con alegre estrépito? Ahora, falto de

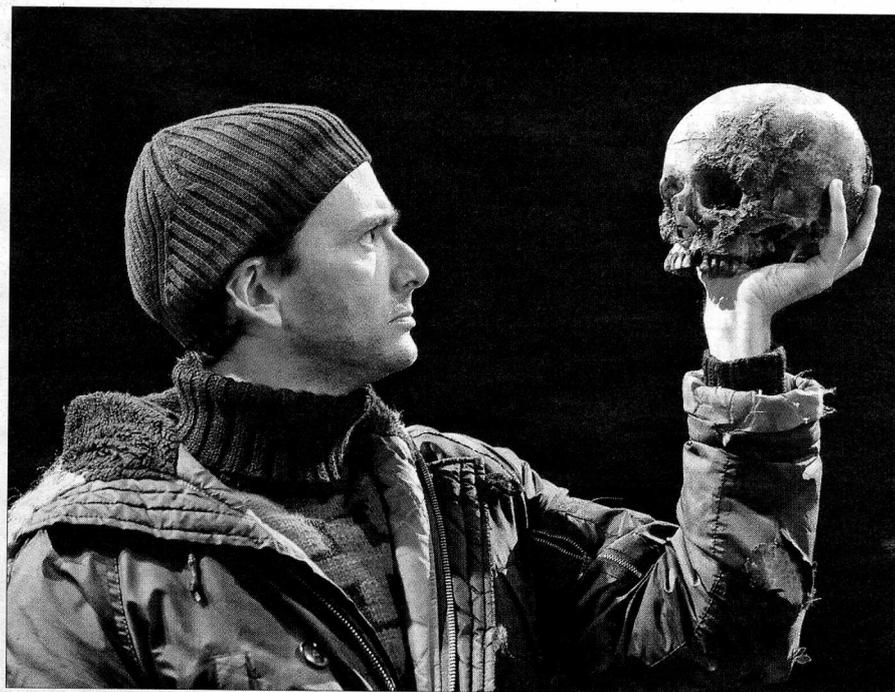
músculos, ni siquiera puedes reírte de tu propia deformidad».

El pianista polaco tenía, así pues, el sueño de subirse al prestigioso escenario de la Royal Shakespeare Company. Lo ha logrado 26 años después de muerto, según confirmaron ayer a *The Times* fuentes de la compañía. En concreto en el *Hamlet* que se estrenó este verano en el festival shakespeareano anual de Stratford-upon-Avon.

## Tennant al frente

La obra —interpretada por el popularísimo actor David Tennant— logró unas críticas formidables y llegará a Londres la semana que viene. Está por ver todavía si con la calavera del músico polaco, ya que la compañía prefiere que la atención se centre en el montaje y no en un detalle llamativo pero irrelevante.

El dueño del cráneo fue un hombre torturado. Su verdadero nombre no era André Tchaikowsky sino Robert Andrzej Krauthammer y salió de Polonia con apenas siete años gracias a la intercesión de unos tíos y de unos papeles falsos. Sus padres no tuvieron la misma



David Tennant, de la Royal Shakespeare Company, en el momento del monólogo del quinto acto. / ROBBIE JACK

suerte y murieron en un campo de exterminio después de ser detenidos en el gueto de Varsovia.

Desde 1982, el cráneo ha permanecido guardado en el almacén de los objetos de atrezzo de la compañía esperando que llegara su oportunidad. Estuvo a punto de debutar en 1989, pero según explica David Howells, uno de los responsables, no salió al escenario

por culpa del actor: «Mark Rylance ensayó con ella muchas veces, pero no lograba quitarse de la cabeza el hecho de que no era Yorick sino Tchaikowsky. Otros actores tampoco quisieron. No se sentían cómodos usando el cráneo».

Para utilizar la calavera del pianista polaco, la Royal Shakespeare Company ha tenido que obtener una licencia de la Autoridad de Te-

jidos Humanos al haber formado ésta parte de un cuerpo humano y no tener una antigüedad de más de 100 años. La compañía no quiso revelar la identidad del dueño de la calavera este verano, mientras la obra estuvo en cartel. «Creo que habría ensombrecido el montaje», confiesa su director Grez Doran; «no se hubiera hablado más que de la calavera real».

# Una biografía recupera la obra de Alejandro Sawa

SEVILLA.— La profesora de la Universidad de Granada Amelina Correa recupera en una biografía la vida y obra del escritor sevillano Alejandro Sawa, una bohemia que inspiró al personaje de Max Estrella en la obra de Valle-Inclán *Luces de Bohemia* y que murió joven, a los 47 años, en 1909, por lo que el próximo año se cumplirá el centenario de su fallecimiento.

En la biografía, titulada *Alejandro Sawa. Luces de Bohemia* (Fundación José Manuel Lara), Correa recupera la vida y la trayectoria literaria del autor sevillano, «de la que apenas se conoce nada», según destacó la autora, porque su figura ha quedado «eclipsada» por el personaje del esperpento de Valle-Inclán.

«Sawa fue el prototípico bohemio del cambio de siglo», según condensó Correa, quien resaltó también la faceta más humana del escritor, reseñando que «fue un desclasado que representaba los valores contrarios de la época que le tocó vivir».

El libro, de carácter biográfico, tiene su origen en la impresión que le produjo a su autora la asistencia de Valle-Inclán al velatorio de Sawa, episodio «definitivo» para que el dramaturgo y poeta gallego decidiera retratarlo en su obra *Luces de Bohemia*.

«Sawa murió ciego, en la más absoluta pobreza e incluso al final de sus días perdió la razón», según recordó Correa, quien subrayó que fue «su amigo» Valle-Inclán quien hizo «todo lo necesario» para que se

publicara *Iluminaciones en la sombra*, título póstumo de Sawa al que la profesora se refirió como «su obra cumbre, un diario vital que sigue vigente en la actualidad y que posee el indiscutible valor literario del que carecen sus novelas».

Relató que su primera etapa como escritor fue de un «naturalismo radical» que se alejaba de las tendencias cultivadas en la época. «Luego se marchó a París, donde vivió sus años dorados, formando parte de los círculos literarios más renovadores junto a autores como Verlain, que fue su maestro, y el mismo Víctor Hugo», según explicó la biógrafa, quien agregó que lleva trabajando en la vida y obra de Sawa desde 1989, «hace ya 20 años».

En cuanto al proceso de documentación llevado a cabo para su elaboración, «que podría haber dado lugar a un libro de muchas más páginas», desveló que una fuente de información fue el epistolario de Sawa que guardaba la viuda del nieto.

En ese archivo se conservan cartas a Rubén Darío, Valle-Inclán o Verlain, además de misivas a su mujer y su hija que la autora ha reproducido pese a que cuando las leyó tuvo «la sensación de estar violando la intimidad de Sawa, un hombre bohemio pero profundamente enamorado de su mujer».

Por otra parte, explicó que fue Sawa quien hizo que Rubén Darío se diera a conocer en los círculos literarios de París y recordó que ambos mantuvieron «una amistad fra-



El escritor Sawa, en su época en París. / ARCHIVO GENERAL DE LA ADMINISTRACIÓN

ternal». A tal punto llegó su amistad que, según la autora, «Sawa le sirvió de negro» a Darío, realizando y firmando con su nombre unos artículos para un diario de Buenos Aires cuando éste se encontraba ya desbordado de trabajo.

Ese episodio se convirtió en un motivo de conflicto entre ambos porque Darío no le pagó a Sawa por ese trabajo ni le respondió a las cartas que le envió rogándole que fuera a verlo cuando el sevillano enfermó y se acercaba al final de sus días.

# Zoltán Kocsis prevé la 'extinción' del espectador de música clásica

DARÍO PRIETO

MADRID.— La Escuela Superior de Música Reina Sofía inauguró ayer el curso académico con un concierto de la Orquesta de cámara de la escuela, dirigida por el maestro húngaro Zoltán Kocsis, bajo el patrocinio de BBVA. Durante la presentación del recital, Kocsis (pronunciase coxis) se mostró escéptico por el futuro de la música clásica, a pesar de iniciativas tan ejemplares para él como la de Paloma O'Shea, directora de la escuela. «Dudo mucho de que de aquí a 100 o 200 años nos quede algo de público», sentenció el director, pianista y compositor. Según él, éste problema nace de las familias, las escuelas de educación primaria y la actitud de los políticos.

El repertorio, compuesto por la *Sinfonía nº 95 en do menor* (Haydn), el *Concierto para piano nº 17 en sol mayor k453* (Mozart) y la *Sinfonía nº 2 en re mayor op. 36* (Beethoven), no pretende alcanzar la perfección, como explicó Kocsis. «Para mí, la perfección no es un objetivo, no significa nada. El profesionalismo no basta si no hay espíritu», afirmó el director. Aún así, vaticinó que el público escucharía «la Segunda sinfonía de Beethoven más fiera, el Concierto para piano de Mozart más alegre y la Sinfonía 95 de Haydn más dramática». Todo ello, gracias a la actitud de los jóvenes intérpretes, «a los que no hemos permitido caer en la pereza».